

*par*, por 'beberaje'; *guasquiada*, de *guasca*, por 'vapuleo'; *lerdear*, de *lerdo*, por 'demorar, remolonear'). Dentro de este mismo apartado ofrece también algunas voces que quizá sean reliquias de expresiones más complejas: *rompida* por 'comienzo'. Otro grupo de fenómenos que se estudia entre las metáforas es el de las locuciones adverbiales (de las que se cita una larga lista, pp. 139-141). En casi todos estos casos se trata de formas que si alguna vez implicaron la transposición de significados, hoy no pueden considerarse ya metáforas en el sentido estricto de la palabra.

El segundo capítulo comprende la revisión minuciosa de las alusiones a colores, relaciones espaciales, movimientos, sonidos, olores, sensaciones táctiles y sabores. Por su carácter, estas referencias hubieran podido estudiarse dentro de los aspectos temáticos.

El tercero y último de los capítulos (titulado *La imagen—Temas*) ofrece un rastreo cuidadoso y prácticamente exhaustivo de algunos de los subtemas y de los tópicos comunes en la lírica folklórica que han pasado —con notable desarrollo en ciertos casos— a la "literatura gauchesca". Este capítulo es quizás el mejor estructurado de todo el libro. Hubiera sido deseable, sin embargo, ya que la autora conoce tan a fondo los materiales reunidos, que en lugar de limitarse a un estudio en profundidad de ciertos tópicos, nos hubiera dado un panorama más completo de los temas típicos de la poesía estudiada.

A pesar de mis discrepancias con algunas interpretaciones, me complace destacar la seriedad con que Eneida Sansone de Martínez ha encarado su labor, de la cual ha resultado un libro valioso sobre todo por el acopio de elementos utilísimos para el estudio de la literatura gauchesca propiamente dicha. Me refiero no sólo a la colección de materiales propios del género (textos poco conocidos, un amplio diccionario de los seudónimos de poetas gauchescos, una nutrida bibliografía directa e indirecta), sino también a las relaciones que permite establecer entre esta literatura y la lírica folklórica.

CARLOS H. MAGIS

El Colegio de México.

RAPHAEL LEVY, *Trésor de la langue des Juifs français au moyen âge*. University of Texas Press, Austin, 1964; xix + 238 pp.

Tras una introducción descriptiva de las fuentes judeo-francesas y de las obras citadas en abreviatura, se ordena el extenso vocabulario con referencias —tan copiosas como es posible— a las fuentes y bibliografía de la introducción. (Se echa de menos alguna obra que interesa muy de cerca al objeto de este libro, por ejemplo D. S. BLONDHEIM, *Les parlers judéo-romans et la "Vetus latina"*. *Étude sur les rapports entre les traductions bibliques en langue romane des Juifs au moyen âge et les anciennes versions*, Paris, 1925).

Tal como el libro se presenta es un repertorio de voces cuyo interés radica —precisamente— en su carácter puramente acumulativo. Es de esperar que el autor nos dé el estudio que este material necesita. Desearíamos disponer de

algo más que la ordenación alfabética de los datos; por ejemplo, conocer la etimología de las voces; saber las relaciones que el léxico judeo-francés pueda tener con el de los otros correligionarios europeos, o la caracterización diferencial de lo judío con respecto a lo francés... En suma, ver convertido en materia de conocimiento lo que todavía no lo es. Pienso, por ejemplo, cuán útil hubiera sido cotejar estas listas de palabras con los glosarios judeo-españoles del Medievo, con los estudios léxicos o con los exégetas en ladino de los textos sagrados: no es difícil encontrar la bibliografía pertinente en cualquiera de los repertorios usuales (Besso, Serís, Alvar, etc.). También agradeceríamos que, entre ese aluvión de léxico indiferenciado que el libro recoge, se nos discriminara bien lo que fue peculiar de los antiguos judíos franceses, pues poco enseñan —sin salir de la primera página— *a, aatir, abahisement, abandoner, abatre, abeneurer, abisme, abitabile, abitacle*, etc., etc.

A pesar de las reservas que formulo, este *Trésor* ha de ser un libro muy útil, tanto para los romanistas como para los hebraístas. En más de una ocasión, los estudiosos de uno y otro campo es necesario que colaboren juntos, y más que nada en éste del léxico de dos lenguas que se interfieren: nunca será bastante la cautela que nos evite los falsos espejismos, y en el vocabulario es más fácil pecar por carta de más que por carta de menos cuando se trata de estudiar procesos de osmosis lingüística.—MANUEL ALVAR.

ÁNGEL ROSENBLAT, *El pensamiento gramatical de Bello*. Ediciones del Liceo Andrés Bello, Caracas, 1961; 44 pp.

El propósito esencial de Ángel Rosenblat en este librito es el de mostrar la vigencia y actualidad de la *Gramática* de Bello, no como código lingüístico de usos y modos de expresión, sino como cuerpo de doctrina gramatical, como exposición de principios teóricos. Sus comentarios se refieren exclusivamente a “los cuatro principios que nos parecen fundamentales en el sistema gramatical de Bello. El primero, analizar lo gramatical con prescindencia de los valores objetivos. El segundo, analizarlo con independencia de los valores lógicos. El tercero, verlo en su propia realidad castellana, libre de la servidumbre de sus antecedentes latinos. Y el cuarto, verlo en su pleno funcionamiento gramatical” (p. 40).

Para demostrar lo primero, se basa Rosenblat en la clara distinción que establecía Bello entre el género gramatical y el sexo, y —en general— entre el nombre y la cosa, distinción claramente establecida desde la antigüedad grecolatina, pero no siempre guardada por los gramáticos. Aunque educado dentro de las ideas logicistas de Port-Royal, Bello supo reaccionar contra el presupuesto de la relación y dependencia del lenguaje para con la lógica o la razón, y mostrar las profundas divergencias existentes entre ellos, como supo, también, reaccionar contra la idea —mantenida durante los siglos anteriores— de que todas las lenguas procedían de un idioma original, creencia en que se apoyaban los esfuerzos hechos en busca de una gramática general, basada en estructuras y normas gramaticales comunes a todas las lenguas.

De ahí que Bello procurara “deslatinizar” la gramática del español, consciente de que su estructura no tenía por qué coincidir —ni lógica ni formalmente— con la del latín. En consecuencia, Bello trató de organizar una nomenclatura verbal nueva, independiente de la latina, que respondiera sólo a la realidad funcional de los “tiempos” del verbo castellano.

El último de los grandes aciertos teóricos de Bello comentado por Rosenblat se refiere a la utilización de un solo principio de análisis lingüístico